

## ROSALES, Rocío. Fruteros. Street Vending, Illegality, and Ethnic Community in Los Angeles.

Emilio Alanís Gutiérrez<sup>1</sup>

Enviado: 1/04/2022 // Aceptado: 19/04/2022



Quizá para más de alguna persona, el reseñar una etnografía en una revista de trabajo social, mantenga una relación poco clara. Con todo, es precisamente para contrarrestar la idea de que el trabajo social no guarda correspondencia con otras disciplinas lo que me lleva a compartir los hallazgos que envuelven a *Fruteros* de Rocío Rosales en esta casa editorial. Las enseñanzas de esta etnografía tocan los sentidos de toda persona que se aventura a trabajar con y por los y las inmigrantes. Pediré paciencia para el lector/a de esta humilde contribución ya que, hacia el final, ofreceré mis propias conclusiones sobre el cómo ilumina la investigación de esta antropóloga a la intervención social actual.

Sería bueno iniciar y traer a esta reseña lo mucho que se ha escrito sobre la comunidad y cómo es que la etnicidad ayuda a configurarla. Es posible que pueda ser también un proceso a la inversa dependiendo de lugares y contextos. En cualquier caso, el lente etnográfico de Rocío Rosales trae frescura al debate. Ella regala un concepto que ofrece luces a la hora de comprender el fenómeno migratorio contemporáneo: la jaula étnica.

Rocío Rosales realizó su trabajo de campo con migrantes indocumentados del pueblo de Dos Mundos, Puebla, México recién llegados a Los Angeles, California. Por contextualizar un poco, estas personas llegaban al

país del *american dream* con significativas “ventajas” en comparación de otros inmigrantes.

Una de estas ventajas es la clara organización laboral (bastante precaria) a la que se adscriben como vendedores/as de *fruit salads*. Mientras inmigrantes en otras situaciones tienen que buscar empleo en diversos sectores socioeconómicos, gran parte de los ciudadanos de Dos Mundos tienen un camino hecho, cuidadosamente delimitado y perfilado que les permite integrarse en una red social que les protege y ayuda en los inicios de su proyecto migratorio. Los prestamos de carros para venta de fruta, los lugares y apartamentos para vivir e incluso las mismas redes de amistad y parentesco entrelazadas de formas complejas son algunos ejemplos de ello.

Podríamos pensar que, al formar parte de una comunidad étnica, los y las migrantes se encontraban protegidos frente las constantes inseguridades venidas por la condición de ilegalidad que les rodea. No obstante, lo que viene a rescatar Rosales es precisamente los *cómos* en las condiciones, acuerdos, alianzas y enemistades que desde estas nuevas redes sociales en destino se gestan. Todo ello, como bien lo explica Rocío, creando nuevos espacios de opresión y explotación.

Vender fruta fuera de los bancos en Los Angeles sin duda proporciona un trabajo estable al cual inscribirse y comenzar con un proyecto migratorio. Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla, ni debe quedarse la reflexión en esta conclusión inmediata. Para evidenciar las múltiples complejidades a las que se exponen los y las *fruterías*, Rosales dedica un capítulo entero a los riesgos que encuentran día con día: la constante vigilancia policial, la competencia con otros vendedores/as de fruta en la cual el tema de la higiene lleva un peso importante y los mismos pagos que deben hacer a los dueños de los carros que utilizan para vender la mercancía.

Desde esta contextualización es que aparece la metáfora de la jaula, dejando entrever una realidad relacional que: defiende, pero también aísla, que brinda seguridad, pero también esclavitud, en definitiva, que protege,

<sup>1</sup> [eananis@lasalle.edu.mx](mailto:eananis@lasalle.edu.mx)

Universidad La Salle Noroeste, Ciudad Obregón, México

<https://orcid.org/0000-0003-1023-2158>

pero también explota. Esta forma bidireccional de comprender las relaciones étnicas de los migrantes latinoamericanos en Los Ángeles problematiza cualquier conclusión simplista que se limite a promocionar y promover las relaciones entre inmigrantes en destino.

Rosales deja bien claro que ella no intenta desmentir ni emitir juicios morales sobre las relaciones entre inmigrantes, ya que es consciente de las múltiples facilidades y virtudes que ello conlleva. Lo que intenta puntualizar, y que deja muy en claro a lo largo del texto, son las “otras redes”, aquellas que no se ven a simple vista y que nos hacen pensar ¿qué es lo que configura una comunidad? ¿qué tanto se tiene que ceder, entregar, diluir, para lograr pertenecer a un grupo?

Creo y me atrevo a escribir en estas líneas que Rosales nos lleva a “des-romantizar” lo que se entiende por: comunidad. Parafraseando a la autora, recuerda que mientras la etnicidad puede ser un factor que facilita la pertenencia al grupo, no garantiza la benevolencia de sus miembros.

Llegados a este punto podemos ver algunas cuestiones que son de gran utilidad para los y las que nos dedicamos al trabajo y la educación social. Ofrezco tres conclusiones a este respecto:

- Resulta importante que nos detengamos a analizar las intervenciones y planificaciones de proyectos que buscan precisamente la creación, a como dé lugar, de comunidades étnicas en destino. Muchos recursos y personas se han destinado con este propósito. ¿con qué afán nos desvivimos por crear este tipo de redes?, ¿no será que algunas actividades, festivales, muestras culturales, lo que hacen es *folklorizar* a los y las inmigrantes en lugar de reconocerlos/as como ciudadanos/as?, ¿son indispensables los grupos étnicos en destino?
- Continuando con la idea anterior, sería bueno cuestionar y considerar la presencia de estos grupos étnicos en la conformación de la, ya tan tratada idea, del “migrante permitido”. Aquel que sigue determinadas reglas, que se conforma con lo que se le ofrece y pasivo en sus decisiones. Este tipo de migrante será con el que -más de alguna vez- soñamos trabajar y del cual demandamos ciertas actitudes y acciones.
- Finalmente, y brindando una tercera idea, es necesario politizar a los y las inmigrantes. Rosales dedica gran parte de su libro a enunciar que existen redes de explotación entre los mismos migrantes, complejizando la antigua aura de bondad que la economía moral nos ha hecho colocar alrededor de cada desplazado/a. Al politizarlos, los hacemos partícipes de la construcción de la justicia y equidad anhelada. Se incluyen como sujetos políticos con voz, capacidad de decisión y acción. Incluso cuando sus acciones o decisiones no son loables o aprobables socialmente.

Para finalizar me gustaría insistir en la cuidadosa atención que debemos tener a la creación de comunidades étnicas en destino y lo mucho que se puede hacer desde los espacios sociales que construimos. Y por otro, lo valioso que resultan las aportaciones de las ciencias sociales (historia, sociología y antropología) al debate de la intervención social actual.

## Referencia

Rosales, R. (2020). *Fruteros: Street Vending, Illegality, and Ethnic Community in Los Angeles*. University of California Press.